

La Comuna

*Revista teórica-ideológica del Partido
Revolucionario de los Trabajadores*



Nº 17 • Noviembre de 2004

2 pesos



Página 2	Editorial
Páginas 3 a 6	Oportunismo y lucha de clases
Páginas 7 a 9	La moral revolucionaria
Páginas 10 a 12	La dictadura del proletariado
Páginas 13 a 15	Los monopolios gobiernan el mundo
Página 16	Construir órganos de poder local es un acto de soberanía

En este nuevo número de La Comuna, se profundizan algunos aspectos del debate ideológico que la burguesía intenta ocultar a los trabajadores y al pueblo, frente al creciente nivel de las luchas.

En el primer artículo, El oportunismo y la lucha de clases, se desnuda la falsedad que esconden los actuales planteos burgueses de unidad nacional, que pretenden amalgamar a explotadores y explotados bajo el mismo proyecto, tratando de ocultar la lucha y los intereses irreconciliables que expresa el enfrentamiento de clases.

La segunda nota desarrolla el tema de la moral revolucionaria desde una concepción novedosa. Rompiendo cualquier estereotipo del pasado, se avanza sobre la idea que la moral proletaria se expresa en la lucha por romper las cadenas del capitalismo, y que la lucha por el poder es la base para derrotar la moral burguesa de la hipocresía, la mentira y la explotación.

En La Dictadura del Proletariado, el tema está planteado desde los aspectos del marxismo que han sido tergiversados, manipulados y falseados, cuando se presenta la democracia representativa como un valor universal y se condena como autoritarios y antidemocráticos a aquellos que ponemos en tela de juicio esos conceptos burgueses.

Por último, se publica Los monopolios gobiernan el mundo, un aporte en donde se plantea que la burguesía monopolista es la dueña de los grandes medios de producción y controla en forma directa el aparato del Estado, poniendo todas las instituciones al servicio de la acumulación de sus ganancias: el capital monopólico ejerce una absoluta dominación en el campo económico y en el terreno político.

Oportunismo y lucha de clases

Es imposible un sueño de libertad, justicia social y bienestar popular si éste no pasa por atacar y combatir a fondo la propiedad capitalista, si no tiene como objetivo la revolución socialista.

No hay posibilidades de unidad entre explotadores y explotados. No existe proyecto común entre los que generan diariamente pobreza, marginación, explotación y miseria y los que la sufrimos. De la misma manera que el proletariado y el pueblo dan muestras crecientes de no soportar más la expoliación y de avanzar en el enfrentamiento a las políticas de la burguesía imperialista, ésta no va a resignar sus privilegios. La única unidad nacional posible es la unidad de la clase obrera con el resto de las clases y demás sectores oprimidos por la burguesía monopolista imperialista.

La afirmación de Marx y Engels efectuada en el Manifiesto del Partido Comunista de que “la historia de todas las sociedades que han existido hasta nuestros días* es la historia de las luchas de clases”, no sólo significó dotar al proletariado de un fundamento científico para interpretar la historia y descubrir las leyes que rigen su movimiento sino que, además, le posibilita encontrar los resortes que le permitirán cambiar el curso histórico a partir de una labor consciente.

Por tanto, la ciencia proletaria que considera a la lucha de clases como motor del desarrollo histórico, constituye un valioso instrumento que permite encontrar los caminos políticos estratégicos y tácticos que ayudan a transitar el sendero de la revolución. Un verdadero tesoro para los intereses históricos del proletariado y el pueblo oprimido.

1. La burguesía intenta ocultar la lucha de clases

Es por esta razón que la burguesía se empeña tanto en ocultar la lucha de clases.

Para tal fin utiliza diversos instrumentos ideológicos, culturales, educativos, información masiva a través de todos los medios de que dispone, literatura, etc. Su intención es evitar que el modo de producción capitalista quede expuesto a la crítica y, en consecuencia, sometido a combate.

La existencia misma de clases sociales en esta sociedad capitalista es algo que ni la burguesía niega. Pero sutilmente, se reemplaza el término burguesía por el de ricos y el término proletariado por el de pobres. También pequeño-burguesía se reemplaza por el de clase media, incluyendo en esta última a los sectores proletarios de mayores ingresos y a los trabajadores asalariados no proletarios, profesionales, autónomos y pequeños empresarios.

Y aunque los proletarios sean pobres y los burgueses ricos, este cambio de términos no es casual.

La burguesía pretende así desviar el problema central a un aspecto que depende de aquel. Intenta esconder el problema del modo de producción y enfocar la atención hacia el modo de distribución. Reconoce críticas respecto del reparto y no respecto del origen de la ganancia, la que a su vez determina el reparto.

Alienta como falso eje el objetivo de la más justa distribución y eso da lugar a especulaciones sobre la existencia de capitalistas inescrupulosos y capitalistas

conscientes. Capitalistas prendidos a la teta del favor gubernamental y capitalistas dispuestos a correr riesgos. Capitalistas especuladores y capitalistas productivos. Las mismas “virtudes” y “defectos” hacen caer como cataratas al resto de la sociedad, en virtud de cuyo razonamiento existen trabajadores inescrupulosos y trabajadores conscientes, etc., etc.

De igual manera, los partidos políticos son de centro (pocas veces de derecha), demócratas, conservadores, justicialistas (por lo de la justicia social), nacionalistas, liberales, de izquierda, etc.

Al ocultar el verdadero eje del problema que es el modo de producción y apuntar deliberadamente al modo de distribución, se pretende decir que no es el sistema en sí el que falla sino la articulación del mismo. El mensaje es claro: “No hay que combatir el sistema sino perfeccionarlo”.

“El método es buscar el partido político capaz de hacerlo, o el ‘líder’ inmaculado lo suficientemente firme en sus convicciones y honesto en su accionar que lleve adelante las acciones que a todos nos benefician por igual.

Todo se resume a planteos sobre la honestidad, la capacidad, la eficiencia, etc. ‘Todos los argentinos debemos unirnos y así saldremos adelante’. Debemos marchar todos juntos unidos y en paz: el verdugo y su víctima, el violador y el ultrajado, el capitalista y el obrero. Si bien hay clases sociales, la existencia de éstas se debe no al sistema de producción sino a la distribución desigual, la cual, si bien debe atender a los desvalidos, nunca va a ser lo suficientemente equitativa (siempre habrá ricos y pobres) por las “razones” enumeradas: capitalistas eficientes y hábiles para los negocios, obreros haraganes, etc.

Por su parte, el Estado nos representa a todos y es el encargado de velar por el interés nacional”.

Hasta aquí el discurso burgués.

2. Definición científica de las clases sociales

Las clases sociales se definen por el papel que cada una desempeña en la producción. Así, en nuestra sociedad capitalista argentina, la burguesía es la propietaria de los medios de producción (fábricas, tierra, materias primas, etc.). El proletariado es la clase que, carente de toda propiedad, debe vender diariamente su fuerza de trabajo a cualquier miembro de la burguesía para poder obtener un salario que le permita subsistir.

Por su parte, la pequeño-burguesía es propietaria de medios de producción que trabaja por sí misma y que, en ocasiones más o menos generalizadas, explota mediante el trabajo asalariado.

También existen innumerables miembros de la sociedad que viven de su trabajo: asalariados no proletarios (no trabajan directamente en la producción de bienes materiales), trabajadores independientes (cuentapropistas, profesionales y otros), que por su modo de vida, cultura, aspiraciones sociales y otras razones, tienen las mismas conductas y características que la pequeño-burguesía urbana.

En el campo, la burguesía propietaria de la tierra, la hacienda y los medios de producción explota el trabajo del proletario rural. También encontramos campesinos que trabajan su propia tierra y/o explotan mano de obra asalariada (aunque este sector existe en menor medida dado el extraordinario proceso de concentración operado en las últimas décadas).

Luego están los desplazados de la producción (desocupados, marginados y el elemento lumpen) que forman los anillos de miseria que rodean y penetran las concentraciones urbanas.

De todas estas clases y sectores sociales, los fundamentales y que determinan el movimiento histórico son la burguesía y el proletariado. Éste es el que produce la totalidad de los bienes materiales y la otra es la que se apropia de la plusvalía (trabajo no remunerado).

La existencia de una clase que produce y otra que se apropia del trabajo ajeno, determina la apropiación de un esfuerzo social que genera de por sí una desigualdad enorme entre ambas clases, mecanismo que tiende a profundizarse y a desarrollarse. En consonancia con esa tendencia, más precisamente desde mediados del siglo XX en adelante, el proceso de apropiación de plusvalía se aceleró extraordinariamente en nuestro país, favorecido por el dictado de leyes y decisiones políticas que los gobiernos de turno fueron ejecutando hasta nuestros días. De esta manera la burguesía fue concentrando más plusvalía (capital) en la misma medida en que el proletariado sufría el despojo del producto de su trabajo.

De la misma manera que el dicho popular dice: “Cocodrilo que se duerme es carterá”, la burguesía sólo puede mantener y reproducir la apropiación de plusvalía a condición de desarrollar permanentemente la fuerza productiva social en una carrera desenfadada y en competencia permanente con los pares de su propia clase, profundizando la concentración y centralización del capital, monopolizando la producción y poniendo a toda la sociedad y al propio Estado a su servicio.

No vamos a detenernos en este artículo en la cantidad de contradicciones que genera, profundiza y acrecienta la lógica del sistema capitalista pues no es el motivo que persigue la nota, sólo vamos a destacar que en la sociedad capitalista la contradicción fundamental entre la apropiación individual de la plusvalía y la producción social encuentra su expresión en la existencia de las dos clases antagónicas. Es decir que la burguesía existe porque existe el proletariado y, a la inversa, el proletariado existe porque existe la burguesía. La condición de existencia de ambas es la tendencia al enriquecimiento permanente en un polo (burguesía) y al empobrecimiento constante del otro (proletariado). Esta contradicción no presagia una resolución pacífica y sólo puede ser superada por la desaparición de ambas clases.¹

3. El oportunismo y el reformismo

Las corrientes oportunistas y reformistas que pululan en el campo político en nuestro país con ropaje combativo, revolucionario o nacionalista burgués, empujan la idea de que no existen clases antagónicas y que las diferencias clasistas pueden atemperarse repartiendo mejor la torta de la riqueza nacional.

Nos bombardean con la idea de que la lucha de clases pertenece al pasado y que alentarla fomenta la división entre argentinos. ¡Nada más falso! No sólo existe la lucha de clases que se profundiza diariamente sino que la posición clasista sustentada por los revolucionarios es la prenda más grande de unidad popular ya que sólo considera enemigo a la burguesía imperialista y a los que sustentan sus privilegios, y aliados a todos los sectores y clases oprimidas del pueblo por un único enemigo imperialista.

La base económica del planteo diversionista es la separación de la producción y la distribución de lo producido. Como si la producción fuera una sola a través de los tiempos, y que lo susceptible de ser cambiado fuera el reparto de lo producido.² La “ciencia” económica burguesa se basa en esta concepción, la cual derrama por diversas vías a toda la sociedad.

El planteo encierra una visión moralista y voluntarista que políticamente se expresa en la búsqueda de un mejor reparto de la riqueza mediante el método de convencimiento a los poseedores del capital para que éstos distribuyan “mejor” la riqueza.

Aunque vista ropaje de “combate” con utilización de frases altisonantes como “la lucha por una justicia social”, o “arrancarles un reparto justo de la riqueza mediante las luchas”, el fondo de la cuestión no toca el punto central de la contradicción y queda navegando a medias aguas en la apelación a la burguesía para que ésta se decida a desprenderse de parte de la plusvalía arrebatada y dé mejor vida a los trabajadores.

Congruente con ello, el planteo del gobierno de Kirchner, acompañado por sectores del oportunismo y el reformismo, es el de la “unidad nacional y el crecimiento económico para un mejor reparto posterior de la riqueza lograda”.

Lo que no dicen todas estas expresiones es que la burguesía³ sólo logra el crecimiento económico, profundizando la expropiación de la plusvalía; que la expropiación de plusvalía significa aumento de la propiedad privada y despojo al resto de la sociedad; que es imposible pretender que la misma burguesía que invierte capital para obtener más capital, a costa de generar más desempleo y otras desdichas para el pueblo, a la vez esté dispuesta a invertir capital para perderlo en beneficio de la sociedad.

Esto es pretender que la burguesía tenga un corazón que le permita desprenderse de parte de lo que roba y la idea en sí es tan contradictoria y absurda como esperar que el mismo ladrón que robó nuestra casa seguidamente nos devuelva en forma desinteresada el fruto de su ilícito.

4. Desde el clasismo hacia la desaparición de las clases sociales

No es posible distribuir de modo diferente al que se produce.

La producción no ha sido siempre la misma y una sola, fue cambiando con el transcurso de la historia y, en consecuencia, la producción capitalista basada en la propiedad privada de los medios de producción y en la explotación de trabajo asalariado es la que determina la distribución. Si se produce en forma capitalista, se distribuye en forma capitalista (ganancia para el capital, salario de hambre para el trabajador). La existencia de la tierra y todos los bienes de producción en pocas manos está determinada por la forma de producción capitalista y eso constituye, a la vez, distribución capitalista.

Las clases están determinadas por esta forma de producción y, en consecuencia, sólo es posible resolver esta contradicción atacando el eje central cual es la propiedad de esos medios de producción y de todo lo producido con el esfuerzo social. Es decir romper con la propiedad privada capitalista.

Por eso es imposible otro sueño de libertad, justicia social y bienestar popular que no pase por atacar y combatir a fondo la propiedad capitalista, que no tenga como objetivo la revolución socialista.

No hay posibilidades de unidad nacional entre explotadores y explotados. No puede existir proyecto común entre los que generan diariamente pobreza, marginación,

explotación y miseria y los que la sufrimos. Es imposible pensar que la resolución de estos problemas se logre pacíficamente. De la misma manera que el proletariado y el resto de las capas oprimidas de la sociedad dan muestras crecientes de no soportar más esta expropiación y de avanzar en las luchas y el enfrentamiento a las políticas de la burguesía imperialista, ésta no va a resignar sus privilegios fácilmente o como resultado de una labor de consenso. La única unidad nacional posible es la unidad de la clase obrera con el resto de las clases y demás sectores oprimidos por la burguesía monopolista imperialista.

Hay un solo camino para avanzar hacia la destrucción de la propiedad capitalista y con ella a la desaparición de las clases: luchar permanentemente por arrancar mejoras en las condiciones de vida, a la par que se lucha por conquistar el poder obrero y popular, a fin de resolver en forma definitiva el eje central del problema en la sociedad capitalista argentina: socializar la propiedad de los bienes de producción para ponerla en consonancia con la producción social hasta hoy lograda. Ello generará una distribución socialista de lo producido.

Para lograr ese objetivo, los revolucionarios debemos transitar sin vacilación el camino de la lucha de clases, profundizando las contradicciones y unificando a la Clase Obrera con todos los sectores y clases oprimidas de nuestra sociedad, contra el enemigo capitalista imperialista.

Liderando las fuerzas revolucionarias, la Clase Obrera deberá conquistar el poder y apoderarse del Estado al servicio de los monopolios imperialistas, para destruirlo completamente y, sobre sus ruinas, instaurar un Estado Proletario que aplique la más firme dictadura contra la burguesía imperialista al tiempo que desarrolle la democracia más profunda para todos los sectores populares, para construir el socialismo, primera fase del comunismo. Con este acto, el proletariado estará afirmándose históricamente como clase dominante y, contradictoriamente, estará dando el primer paso hacia su desaparición como clase.

Al negar la lucha de clases, la burguesía pretende mantenerse en el poder y, con ello, perpetuar la existencia de las clases. Por el contrario, al reconocer la lucha de clases como el motor del desarrollo histórico, el proletariado lucha por la conquista del poder y con ello por la desaparición de todas las clases sociales.

* “Es decir, la historia escrita. En 1847, la historia de la organización social que precedió a toda la historia escrita, la prehistoria, era casi desconocida. Posteriormente, Haxthausen ha descubierto en Rusia la propiedad comunal de la tierra; Maurer ha demostrado que ésta fue la base social de la que partieron históricamente todas las tribus teutonas, y se ha ido descubriendo poco a poco que la comunidad rural, con la posesión colectiva de la tierra, es o ha sido la forma primitiva de la sociedad, desde las Indias hasta Irlanda. La organización interna de esa sociedad comunista primitiva ha sido puesta en claro, en lo que tiene de típico, con el culminante descubrimiento hecho por Morgan de la verdadera naturaleza de la gens y de su lugar en la tribu. Con la disolución de estas comunidades primitivas comenzó la división de la sociedad en clases distintas y, finalmente, antagónicas. He intentado analizar este proceso en la obra “Der Ursprung der Familie, der Privatreueigenthums und des Staats” [“El origen de la familia, de la propiedad privada, y

del Estado”.] 2a ed., Stuttgart, 1886.” (Nota de F. Engels a la edición inglesa de 1888 del Manifiesto del Partido Comunista).

(1) “Si en la lucha contra la burguesía el proletariado se constituye indefectiblemente en clase; si mediante la revolución se convierte en clase dominante y, en cuanto clase dominante, suprime por la fuerza las viejas relaciones de producción, suprime al mismo tiempo que estas relaciones de producción las condiciones para la existencia del antagonismo de clase y de las clases en general y, por tanto, su propia dominación como clase. En sustitución de la antigua sociedad burguesa, con sus clases y sus antagonismos de clase, surgirá una asociación en que el libre desenvolvimiento de cada uno será la condición del libre desenvolvimiento de todos”. “El manifiesto del Partido Comunista” (Carlos Marx y Federico Engels).

(2) “Tratan, más bien... de presentar la producción, a diferencia de la distribución, etc., como encerrada dentro de leyes naturales, eternas, independientes de la historia, y con tal motivo intentan deslizar bajo cuerda la idea de que las relaciones burguesas son leyes naturales inmutables de la sociedad concebida in abstracto (en abstracto).” (“Introducción a la Crítica de la economía política. Carlos Marx).

(3) “Fabricantes de plusvalía”. “El Capital” – La Acumulación Originaria – Tomo I

La moral revolucionaria

La burguesía y el oportunismo nos quieren llevar al terreno abstracto de la moral. El planteo individualista, impulsando la creación de modelos formales de “moral revolucionaria”, intenta desmovilizar las fuerzas del proletariado y el pueblo.

La burguesía pretende ocultar la explotación y la moral proletaria se expresa en la lucha por romper esas cadenas. Los revolucionarios, los que queremos los cambios morales, impulsamos la lucha por el poder, base material, base fundamental para derrotar la moral burguesa de la hipocresía, la mentira y la explotación.

Cuando el espíritu de rebeldía del pueblo se traduce en expresiones de lucha, la moral proletaria recobra sus fuerzas e impide que la burguesía pueda enmarañarnos con abstracciones absurdas.

Tratar el problema de la moral en un país capitalista como el nuestro, es asociarlo directamente a las cuestiones más decadentes y primitivas de la sociedad humana. ¿Cómo poder separar la moral de los antagonismos de clases? ¿Cómo poder separar la moral del proceso de concentración económica que causa sufrimientos a nuestro pueblo, la centralización del capital y la marginación social que de ello se deriva? En definitiva nos preguntamos: ¿No es la moral burguesa la que domina la sociedad?

Desde el poder monopolista se nos habla del trabajo, la educación, la salud, la vivienda y de todas las cuestiones sociales y culturales, entre ellas, la cuestión familiar y el papel de los ancianos, el hombre, la mujer o el niño. Pero, ¿acaso se pueden tocar temas de alcance tan vasto sin partir de las divisiones de clases existentes en la sociedad? ¿Acaso se los puede separar de la práctica cotidiana de cada individuo, de la sociedad en su conjunto?

En cada uno de estos interrogantes se expresan ya las respuestas a los mismos.

La clase dominante, la burguesía, la que se apropia del trabajo social, es la que impone la moral cotidiana, la que genera las bases que dan por sobreentendidos reglas y preceptos morales inamovibles... para toda la vida. Por ejemplo, sentencia el “¡No robarás!”... y pareciera que “ese mandato, también regirá aunque cambie la sociedad. Aunque la clase proletaria se convierta en clase dominante, esa sentencia seguirá en danza porque la base que la origina, es decir el robo, seguirá existiendo por siempre”.

De tal forma se niega la viabilidad de que en la sociedad socialista desaparezcan las causas que inducen al robo. Se niega la viabilidad de que, en dicha sociedad, el hombre comience a visualizar, a sentir y a percibir que el robo es propio de la sociedad capitalista en donde el hombre es lobo del hombre, en donde millones de seres son arrojados al infierno en forma cotidiana y entonces el robo se manifiesta en forma permanente. Pero, ¿por qué determinar ese precepto de “¡no robarás!” en una sociedad en donde el individuo produce para la sociedad y la sociedad le retribuye al individuo, sin que exista la propiedad privada de los medios fundamentales de producción, sin que la distribución de los productos sea apropiada por un grupo de capitalistas altamente concentrados? El precepto religioso “¡no robarás!” al igual que otros preceptos, los cuales repetimos como si fuesen verdades absolutas, no hacen más que sumar a la idea de que “es imposible la viabilidad de otra sociedad que elimine el antagonismo de clases, que termine con la explotación del hombre por el hombre”.

En esta sociedad capitalista conviven la moral burguesa y la moral proletaria. Al ser dominante la primera, incide incluso sobre la segunda.

Desde la cuna, la moral burguesa se preocupa por ocultar la explotación, esencia de su supervivencia. Por tanto, la burguesía pone en marcha infinitos mecanismos ideológicos que, además de ocultar su esencia, le ayudan a subordinar a la clase dominada, el proletariado, y a todo lo existente en la sociedad capitalista.

Pero lo cierto es que la moral proletaria que se incuba con el propio nacimiento de la clase obrera que nace conjuntamente con la propia burguesía, y que a futuro se transformará en dominante, no termina de desarrollarse plenamente, no predomina ni puede predominar mientras el poder esté en manos de la burguesía que reproduce el sistema de explotación, crea instituciones afines y controla las mismas facilitando así su hegemonía.

Es por ello que a la pregunta ¿de qué moral proletaria hablamos?, debemos responder a partir del actual momento histórico, desde la dinámica de la lucha de clases, pues el problema de la moral debemos enfocarlo desde una visión eminentemente práctica. Hablar de la moral proletaria cayendo en frases hechas, o formulando una moralina pequeño-burguesa, no ayuda a encontrar la punta del ovillo.

Para los revolucionarios, como dijimos, la moral es una cuestión eminentemente práctica y no por ello deja de generar sueños o ideas sobre el rumbo que la marcha de los acontecimientos de por sí irá tomando.

Pero hoy, ¿cómo puja la moral proletaria? ¿Asoma, desde los escombros y podredumbre de sociedad burguesa?

A nuestro entender, la moral proletaria nace en la práctica cotidiana de la clase obrera y encuentra hoy su expresión más alta en la lucha contra este sistema inmoral y capaz de lo peor, con tal de lograr ampliar la rentabilidad del capitalista.

La moral proletaria abre su canal de desarrollo en la moral revolucionaria que concentra todas sus fuerzas, sabiduría y astucia en su lucha contra la clase burguesa dominante.¹ Lo más elevado de la moral proletaria en esta época histórica es la que se propone conquistar el poder, para dar comienzo a una sociedad sin clases. Esta moral proletaria está llena de heroísmos en nuestra propia historia. Esta moral proletaria puja, a través de miles de luchas expresadas en victorias y derrotas, por desarrollarse, por erigirse en la nueva moral para toda la sociedad.

La burguesía intenta confundir los valores morales mezclando todo y ocultando el verdadero carácter de clase que define la moral, pero los revolucionarios tenemos que saber trabajar duramente para plantear que la moral proletaria, la moral que está pujando por desarrollarse, está asociada directamente a la lucha contra el sistema.

Los jóvenes tienen que despertar su interés por la revolución, por el cambio de la sociedad. Los revolucionarios debemos ayudar a que ello ocurra intensificando nuestra lucha, que es la forma más sólida de expresar la moral proletaria.

Con la toma del poder, el proletariado podrá imponer su impronta y, en consecuencia, la moral proletaria se desarrollará ampliamente imponiéndose en toda la sociedad.

Pero la burguesía y el oportunismo nos quieren llevar al terreno abstracto de la moral; desde el planteo individualista o impulsando la creación de ciertos modelos formales de “moral revolucionaria” para desmovilizar las potenciales fuerzas del proletariado y el pueblo.

La burguesía nos quiere complicar la cuestión de la moral, para ocultar la explotación. Hoy por hoy la moral proletaria se expresa en la lucha por romper esas cadenas. Eso es lo nuevo, aunque sea tan viejo como la existencia misma de la burguesía y el proletariado.

Los revolucionarios, los que queremos esos cambios morales, impulsamos la lucha por el poder, base material y, en consecuencia, base fundamental para derrotar la moral burguesa de la hipocresía, la mentira y la explotación.

La moral proletaria no tiene estereotipos, su unidad básica es el odio al imperialismo, el odio a la burguesía. Pretender una moral abstracta es propio del poder burgués, que fomenta el “¡no robarás!”, “¡no mentirás!” y un decálogo de frases huecas, que sobreviven por cientos de años pero, en vez de atacar las bases, las causas que generan tal ignominia las profundizan.

Los revolucionarios no tenemos que embarrarnos con moralinas abstractas, hoy por hoy la moral tiene un sello proletario cuando en ella se concibe que las mayorías populares deben aplastar a las minorías explotadoras. Ese es el camino que abre las puertas al desarrollo de una nueva moral, una moral que será dominante y en la que se expresarán los sueños y aspiraciones de las mayorías.

Cuando el espíritu de rebeldía del pueblo se traduce en expresiones de lucha, está ocurriendo que la moral proletaria recobra sus fuerzas, sus impulsos, e impide que la burguesía pueda enmarañarnos con abstracciones absurdas sobre la moral.

La revolución está en marcha, el espíritu revolucionario que llena esta gesta, esta continuidad de generaciones que entregaron sus vidas por la revolución, son el punto de partida de lo nuevo.

(1) El aporte de la ideología revolucionaria al proceso material de la lucha de clases eleva la moral proletaria transformándola en moral revolucionaria.

La dictadura del proletariado

No puede haber igualdad, no puede existir libertad, no puede ejercitar el ser humano sus derechos políticos, si vivimos en una sociedad donde es más importante el flujo de mercancías que la vida de millones de personas.

Separar el término democracia del carácter de clase sólo confunde y sirve para reproducir el engaño e idealizar un término que no es, ni más ni menos que una forma de organización política que sirve a los intereses de una clase determinada.

Desde el poder del Estado proletario se ejercerá la dirección de ese proceso que, tanto en la elaboración como en la ejecución del mismo, tendrá como protagonista a la mayoría del pueblo.

Si se pudiera determinar qué aspectos del marxismo han sido más tergiversados, manipulados y falseados, seguramente el concepto de dictadura del proletariado estaría entre los principales. La burguesía contrapone la democracia representativa a la dictadura del proletariado; hoy en día la democracia se presenta como un valor universal y guay de aquellos que intenten poner en tela de juicio este concepto, ya que serán acusados de autoritarios, antidemocráticos y otras yerbas.

El término democracia supone la igualdad de derechos y obligaciones de todos los ciudadanos. Esto, en lo formal, se representa con un conjunto de leyes y normas a las cuales todos debemos ajustarnos. Sin embargo, en la práctica concreta, estos preceptos quedan enterrados por lo que en el capitalismo es amo y señor: el poder del dinero. Todo, absolutamente todo, está subordinado a la defensa irrestricta de los intereses de la minoría poseedora contra la mayoría desposeída. Los gobiernos, las leyes, los jueces, los parlamentarios, las fuerzas del “orden”, la educación, la cultura, etc., actúan como garantes del régimen de explotación y sobre ese régimen está edificado el orden social en el que vivimos.

No puede haber igualdad, no puede existir libertad, no puede ejercitar el ser humano sus derechos políticos, si vivimos en una sociedad donde es más importante el flujo de mercancías que la vida de millones arrojados a su suerte. ¿De qué democracia puede hablarse cuando las jornadas laborales se extienden a diez, once o más horas y la más mínima organización de los trabajadores dentro de las empresas, al ser detectada, significa lisa y llanamente el despido? ¿Cuál es la igualdad en una sociedad en la que millones padecen hambre o enfermedades de la pobreza y la marginación? ¿Qué concepto de libertad se puede tener cuando este sistema no garantiza la más mínima realización del ser humano y no permite planificar siquiera la vida en familia? ¿Puede sostenerse que somos todos iguales cuando el acceso a una vivienda digna o a la atención de la salud más elemental está coartado por la falta de dinero?

La democracia que se nos presenta como la panacea es la democracia burguesa; más precisamente, en la época del capitalismo monopolista de Estado, es la democracia de los monopolios, de las transnacionales. Vivimos bajo un régimen social edificado sobre la explotación de la mayoría por una minoría que detenta los medios de producción y, por ende, el poder del Estado. Por lo tanto, las formas políticas, sociales y jurídicas que le corresponden (y no podría ser de otra manera) son dictatoriales disfrazadas de democráticas. Más aun: la democracia representativa, que adopta forma en el parlamentarismo, es la más acabada de las farsas democráticas. Vemos así que separar el

término democracia del carácter de clase no sólo confunde sino también sirve para reproducir el engaño e idealizar un término que es, ni más ni menos, una forma de organización política que sirve a los intereses de una clase determinada. Una forma de gobierno asentado sobre la explotación es, en esencia, una dictadura. Esto es y ha sido así desde que la sociedad está dividida en clases antagónicas, y esto es lo que la burguesía no dice y lo que los revolucionarios debemos afirmar con total convicción: en el capitalismo existe la democracia para unos pocos y la dictadura para millones.

LA TOMA DEL PODER Y LA DICTADURA DEL PROLETARIADO

El objetivo de la toma del poder es un elemento fundamental en la estrategia del partido revolucionario. La toma del poder pone al proletariado en un nuevo papel en la organización social, pues éste se constituye en clase dominante. La principal tarea entonces a llevar adelante es la construcción del nuevo Estado proletario, sobre las ruinas del viejo Estado burgués. La toma del poder, la Revolución, no acaba con la lucha de clases. Para los marxistas leninistas esto es un principio básico, esencial. El elemento cualitativo diferente es que el Estado ya no se halla en manos de una minoría, sino de la gran mayoría de la población, con la dirección del proletariado. Estas mayorías deben utilizar todo el poder coercitivo del nuevo Estado en pos de defender la revolución realizada y poder avanzar en la construcción de la nueva sociedad. Por lo tanto, como aun persiste el Estado y la dominación de una clase sobre otra, sin titubeos, se trata de una dictadura para las minorías expropiadas y de la verdadera democracia para las mayorías populares. Este es el carácter esencial del Estado proletario. Y los revolucionarios declaramos sin medias tintas que eso es la dictadura del proletariado. El período histórico de la transición del capitalismo al comunismo comprende la necesidad de la dictadura de una clase sobre otra; allí radica la esencia del pensamiento de Marx sobre el Estado, ya que éste sólo tiene razón de ser mientras existan las clases. Y con la toma del poder no desaparecen las clases mágicamente, sino lo que cambia es cuál es la clase dominante (la clase obrera y sus aliados populares) y cuál la clase dominada (la burguesía y los sectores que se oponen a la revolución).

¿Cómo se plasma la democracia para las mayorías en el nuevo Estado? Pues se trata de una nueva forma de gobierno en la que todo el pueblo, con la clase obrera a la vanguardia, se hace cargo de los asuntos públicos. El capitalismo crea las bases para que todos los ciudadanos puedan ejercer la dirección del Estado; el capitalismo, producto de su desarrollo histórico, ha debido socializar las relaciones de producción. Hoy en día, la producción, las finanzas, el comercio, la distribución de las mercaderías, las comunicaciones, funcionan porque millones de personas están al frente de esas tareas. Son labores prácticas que el propio capitalismo ha depositado en las manos de esos millones y que, inmediatamente después de la toma del poder, servirán para poner en marcha el país. Desde el poder del Estado proletario se ejercerá la dirección de ese proceso que, tanto en la elaboración como en la ejecución del mismo, tendrá como protagonista a la mayoría del pueblo. ¿No es ésta la democracia más amplia, la que le otorga al ciudadano el derecho y el deber de actuar en los asuntos públicos, sin delegar esas responsabilidades en funcionarios que se sitúan por encima del resto? De esta forma, las mayorías estarán en condiciones de asumir y realizar sus derechos políticos y económicos; sabrán cuidar que la minoría responda y se subordine a la nueva situación y,

en el caso que ello no ocurra, tendrán en sus manos el aparato del Estado para reprimir a las minorías que actúen contra la revolución.

Todo este desarrollo quedaría inconcluso si no avanzamos en otra cuestión fundamental. El camino hacia el comunismo presupone la supresión de las clases y, por consecuencia, la supresión del Estado. Es así que el nuevo Estado comienza a extinguirse ni bien acomete las tareas que le son propias, a saber: la construcción del socialismo como primera fase del comunismo. Entonces no sólo el Estado sino también la nueva forma de dominación que este adopta están llamadas a extinguirse.

A partir del momento en que la inmensa mayoría pase a dirigir los asuntos del Estado, comienza a desaparecer la necesidad de todo gobierno y de todo Estado; es por ello que cuanto más completa sea la democracia, más cercano será el momento en que deje de ser necesaria.

Una afirmación que Lenin realiza en El Estado y la revolución nos ayudará a comprender un poco mejor de qué estamos hablando: “Democracia no es sinónimo de subordinación de la minoría a la mayoría. Democracia es el Estado que reconoce la subordinación de la minoría a la mayoría, es decir una organización encaminada a la violencia sistemática de una clase contra otra, de una parte de la población contra otra”.

Los comunistas sabemos que aspiramos a una sociedad en la que no sea necesario el Estado, es decir, no sea necesaria la violencia organizada entre los hombres. Por lo tanto, si el socialismo es la primera fase del comunismo, desde el primer día el proletariado y el pueblo estarán echando las bases para la supresión del Estado. Al no existir el Estado, por no ser ya necesario, la palabra “democracia” carecerá de sentido, ya que las relaciones entre los hombres dejarán de depender de la dominación de unos sobre otros, para pasar a vivir en una sociedad en la que las reglas elementales de convivencia social serán posibles sin violencia y sin dominación.

La dictadura del proletariado, entonces, es un paso ineludible para que estos objetivos sean posibles en el devenir histórico.

Los monopolios gobiernan el mundo

El imperialismo es la última fase del capitalismo. En ella la burguesía monopolista, dueña de los grandes medios de producción, controla en forma directa el aparato de Estado de cada una de las naciones, poniendo todas las instituciones al servicio de la acumulación de sus ganancias. El aspecto político distintivo de esta fase imperialista es la absoluta dominación que el capital monopólico ejerce, no sólo en el campo económico, sino en el terreno político. Monopolios que están posicionados como las principales empresas del mundo son el verdadero poder. El enemigo imperialista es la burguesía monopolista. En esta etapa del dominio se producen cambios en las estructuras del capitalismo, tanto en el plano nacional como internacional, que aparentemente lo hacen más poderoso, pero que lo ponen más cerca de su derrota final. Este es un momento especial de nuestra historia y debemos tener bien en cuenta la dinámica de este proceso para seguir avanzando hacia la Revolución.

1. Cambios en el Mundo

Lenin definió al imperialismo como la etapa superior (y última) del capitalismo. La historia ha mostrado que en esta etapa se van produciendo modificaciones estructurales al compás de la progresiva aceleración del proceso de concentración. Hace ya varias décadas, con acierto, fue definida como “Capitalismo Monopolista de Estado” la situación en que los grandes capitales de los Estados Nacionales fueron puestos al servicio directo de los intereses económicos de las grandes corporaciones monopólicas. Hoy el proceso ha avanzado aún más. Por un lado, los propios personeros de estas corporaciones han sido ubicados directamente en los resortes (ministerios) de los Estados, desde los que dirigen las economías nacionales y, por otra parte, las mismas corporaciones han asumido, también sin intermediarios, la dirección política del mundo capitalista; es decir de casi todo el planeta.

Al mismo tiempo recrudece la lucha intermonopólica, tanto en el terreno económico como en el político.

El ataque a las torres gemelas del 11 de septiembre expresó las tremendas contradicciones políticas inherentes al dominio absoluto del mundo entre los capitales más concentrados y puso en crisis a todo el sistema.

El alineamiento inicial de las potencias capitalistas duró un suspiro. Frente a la invasión de Irak recrudecieron las contradicciones intermonopólicas en el campo de la economía. Muchos grandes capitales internacionales se abstuvieron bajo el pretexto de la “ilegitimidad de la invasión”, disconformes en realidad con el apoderamiento de las grandes reservas petrolíferas y la contratación de la “reconstrucción” a favor de las grandes empresas lideradas por Estados Unidos.

También los pueblos del mundo reaccionaron ante la prepotencia imperial con movilizaciones de un calibre que desde la guerra de Vietnam no aparecían, cuestionando el camino guerrerista y provocando un sinnúmero de fisuras en el frente monopólico. La voz de mando de EE.UU. fue desoída y contribuyó al evidente fracaso de la intervención militar que, en épocas de Bush padre, había movilizó a más de 40 países bajo el mando único de EE.UU. Es evidente que el paseo militar sobre Irak ha agudizado contradicciones en el propio campo imperialista de no fácil resolución.

En el campo económico la crisis que provoca la enorme concentración se ha expresado en la caída de gigantescas empresas corroídas por dentro, como es el caso de World Com. o Enron; escándalos que el pueblo norteamericano advierte como la explosión de una burbuja financiera y que ha motivado enorme desconfianza popular hacia quienes controlan esas empresas, que no son ni más ni menos que entes públicos del Estado más poderoso de la tierra.

Se ha manifestado también en la ola de fusiones a nivel planetario. En el sistema financiero y en el bancario aparecieron la Banca Morgan, el Chase y Barclays en créditos; Goldman, Merrill y Morgan Stanley en asesoramiento financiero; o State Street y Bank of New York, ganando la pulseada y concentrando decisiones de envergadura mundial. Y la rueda no se detiene; en los últimos cinco años el marco de concentración económica y política es de enorme magnitud. El poder que detentan las grandes corporaciones, metidas directamente en las decisiones gubernamentales de los diversos países, ha alcanzado niveles inéditos. Toda la riqueza concentrada se basa en la extracción de plusvalía más brutal de nuestra historia.

El capital financiero atraviesa una nueva crisis de concentración, que se torna política al no lograr una expresión que lo acaudille y se adecue a las nuevas condiciones.

A título de ejemplo sobre el nivel de concentración, podemos decir que recientemente la multinacional General Electric declaró una facturación anual de 134.000 millones de dólares, lo que equivale al P.B.I. de la Argentina, autofinanciándose a través de nuevos bancos propios; y la Toyota declara reservas por 30.000 millones de dólares, lo que equivale a dos veces y media las reservas del Banco Central de la Argentina. Ello le permite decidir qué negocios, rescates y fusiones siguen adelante, más allá de lo que el Estado japonés pueda decidir.

¿Por qué los negocios y las maniobras económicas van creciendo planetariamente? y ¿por qué, pese a todas las leyes antimonopólicas de las metrópolis de los grandes países, estas concentraciones multimillonarias se aceleran cada año que pasa? ¿Por qué pueden pasar por arriba de todos los gobiernos, de todas las leyes, de los Estados, inclusive del de los EEUU?

Lo pueden hacer porque en los últimos años las corporaciones han tomado en sus manos en forma directa la orientación política del mundo capitalista, dejando de lado cualquier “propósito” (pretexto) de desarrollar una democracia participativa, que fue el emblema de las revoluciones burguesas.

Pero, contradictoriamente, crece la resistencia de los pueblos que ya no creen en la democracia de los monopolios y luchan en todos los terrenos contra la exclusión que conlleva la concentración económica y política.

2. La situación en la Argentina

Nuestro país no es ajeno al proceso que vive el capitalismo a nivel mundial. Desde dos años a esta parte se ha producido una nueva vuelta de tuerca en la concentración económica. Las fusiones por arriba de bancos, financieras, AFJP, o la caída de fuerzas productivas de pequeñas y medianas empresas y la miseria, que constituye la contracara de las empresas monopólicas beneficiarias de la transferencia de riqueza a sus arcas, indican que hemos “avanzado” a una etapa diferente de las vividas anteriormente.

Hoy la burguesía en nuestro país es monopólica y el 84% de la producción está en manos de capitales extranjeros. Monopolios transnacionales y grupos de inversión se autofinancian y desarrollan. El crecimiento industrial se sostiene sobre la base de condiciones de superexplotación y el salario es la variable de un verdadero ajuste de cuentas contra la clase obrera y los trabajadores en general, que se está perpetrando para alimentar a las cifras millonarias que manejan las empresas.

La situación es reflejo directo e indisoluble de una realidad que se viene dando a nivel mundial y que golpea con fuerza de garrotazo sobre las espaldas del pueblo, que ve postergada cualquier aspiración de un futuro digno.

3. Consecuencias para los pueblos

La existencia de datos alarmantes como los transcriptos, nos dan una idea de hacia dónde nos está conduciendo el capitalismo. No hace falta mucha imaginación para comprender la situación de los pueblos del mundo cuando el 20% de la población más rica del planeta, gana 78 veces más que el 20% más pobre. La ausencia de salud y educación, la desocupación, la muerte por desnutrición o la mala alimentación de millones de personas, las guerras imperialistas en las que mueren cientos de miles para aceitar los negocios de los monopolios, nos hablan por sí mismas de la crisis del capitalismo, un sistema incapaz de resolver los problemas básicos de las poblaciones y que, con sus gigantescos negocios genera una distribución cada vez más regresiva de la riqueza.

Los problemas socio-económicos de nuestro pueblo no son distintos de los del mundo. Produciendo alimentos para más de 300 millones de personas hay grandes bolsones de hambre entre los 35 millones de habitantes que somos.

Según recientes datos oficiales, el costo laboral en la industria cayó un 40% en relación al 2001. Cuando las empresas hablan de bajar costos se refieren al “costo salarial”, pues su objetivo permanente es aumentar la cuota de plusvalía. En los últimos meses los accidentes laborales aumentaron un 20%, además de que no se registran los de los trabajadores “en negro”. Hay 1.700 muertos por accidentes de trabajo por año en nuestro país, lo que significa un porcentual de cinco muertos por día.

4. Conclusiones

La tremenda situación descrita, producto de las políticas generadas por los monopolios que gobiernan y conducen los destinos del mundo, impulsa la resistencia de los pueblos. En muchos lugares del planeta la reacción popular es cada vez más violenta frente a las injusticias. Las políticas imperiales encuentran una resistencia que crece continuamente. En Europa millones de trabajadores enfrentan a los monopolios, se niegan a aceptar el despojo, exigen mejor distribución de la riqueza y la recuperación de beneficios sociales a un capitalismo incapaz de garantizarles dignidad. En Asia, África y América Latina la situación socio-política se viene recalentando. Los pueblos retoman la iniciativa y estamos frente a una etapa que se cierra y otra que se abre.

Desde esa óptica, es necesario que los revolucionarios estén abiertos a los cambios y rápidos en los reflejos. Como lo planteaba Marx: las relaciones entre el trabajo y el capital son contradicciones antagónicas irreductibles y se hace necesario un nuevo orden

social para eliminar la explotación del hombre por el hombre. Se acerca la hora de que los pueblos hagan realidad esa predicción.

En nuestro país en particular, la situación es muy inestable; transitamos una época de batallas políticas, preludio de grandes enfrentamientos, cuyo resultado será dirimido por la lucha de las clases.

La burguesía ha sentido ya en su nuca el aliento de los pueblos que se expresó violentamente en diciembre de 2001; ello le obliga a intentar poner zanahorias delante de los trabajadores, que son los que padecen la crisis económica. Facilitar las inversiones, abrir las puertas para exportar, favorecer el despegue económico, aumentar el desarrollo industrial y el crecimiento de reservas e, incluso, una mayor ocupación, constituyen las medidas económicas (acordes con el “default”) que exigen los grandes intereses monopólicos; a la vez que intentan distraer la resistencia del pueblo.

Por encima de los cantos de sirena, la lucha de clases es la que decide. El proletariado en particular y el pueblo en general, van siendo conscientes de que las ganancias del capital financiero se logran sobre la base de salarios inhumanos y bajo condiciones de superexplotación extremas.

La burguesía se enfrenta a un pueblo que conoce al enemigo de clase y tiene décadas de experiencia en enfrentarlo. La crisis política de fines de 2001 mostró la dificultad que tienen para ejercer su dominación. Este proceso viene cambiando la calidad del enfrentamiento. Se abre así la posibilidad histórica de poner otra vez en escena la disputa política por el poder, pero ahora con más experiencia, para enfrentar al enemigo capitalista que tiene enfrente y su “democracia” para muy pocos.

La decisión de cambio está en manos de nuestro pueblo y del papel que la clase obrera y sus vanguardias jueguen en el futuro cercano. El telón se está abriendo para poner a las clases antagónicas frente a frente en el teatro de las luchas.

Construir órganos de poder local es un acto de soberanía

“...Los argentinos estamos hoy en día en condiciones de superar el déficit fundamental que hemos señalado: de dotarnos de una opción revolucionaria que nos permita arrancar a las masas de la influencia burguesa y encaminarnos con firmeza hacia la captura del poder, que nos permita dirigir con certeza nuestra lucha hacia la toma del poder hasta voltear a los políticos y militares capitalistas, destruirles su aparato de dominación (ejército, policía, parlamento, etc.) instaurar el poder obrero y popular socialista, y construir un nuevo sistema de gobierno, un nuevo Estado basado en la movilización y participación de todo el pueblo para aplastar definitivamente hasta la última resistencia del capitalismo y edificar el justo régimen socialista...”

“El problema práctico que nuestro pueblo debe resolver a partir de la nueva situación, es lograr paso a paso la acumulación de fuerzas necesarias para la lucha final por el poder estatal que debemos arrancar de manos de la burguesía. Esa fundamental cuestión se resolverá en la situación revolucionaria que comenzamos a vivir, con el desarrollo del poder dual, tanto en su forma general de oponerse a los planes del gobierno burgués e imponer las soluciones obreras y populares a determinadas situaciones en base a enérgicas movilizaciones de masas, llegando de esa manera a la constitución transitoria de órganos de poder a nivel general, como en su forma de poder local, manifestación principal del poder dual, en todo el próximo período, punto de partida sólido para una gigantesca acumulación de fuerzas revolucionarias...”

Mario Roberto Santucho.

Poder Burgués, Poder Revolucionario.

Setiembre 1974